

"BICHICOMES"

SERAFIN J. GARCIA

Especial para MARCHA

Las latas se ponen fastidiosas cuando hay viento. Zumzan. Se quejan. Arman un insoportable estrépito de mujeres con miedo. Si hace frío, hielan hasta los huesos. Y si el sol aprieta, cuecen de calor a la gente. Nunca fueron dignas de albergar al hombre las condenadas latas. Nunca fueron capaces de proporcionarle una vivienda tranquila. En cambio las piedras... ¡Ah, las piedras sí! Ellas son silenciosas y fieles. Lo comprenden y lo callan todo. Un hombre puede vivir y morir entre ellas sin que lo fastidien. Sobre todo vivir, que es una cosa más difícil de lo que parece... Las latas no resisten la proximidad del mar, su lengua áspera, su aliento poderoso. Se oxidan y se agujerean pronto. Pero las piedras no envejecen jamás. Siempre tienen la misma piel gris y el mismo bozo verde del musgo, que cuando el sol lo acaricia huele a mujer...

¿Qué estará preparando el "Sultán" en ese jarro descascarado? La abolladura de junto al asa se parece extraordinariamente a un cangrejo. Tal vez lo sea. Aunque resulta muy extraño que no huya del fuego. ¿Habrá cangrejos tan torpes que se dejen quemar así, por puro gusto?

El agua de la rada es triste. Se ha olvidado hasta de cantar. Y no sabe otra cosa que lamer el malecón servilmente, con una mansedumbre de perro. Es un agua esclava. Un agua sin ninguna grandeza... Allá en la rambla, las olas brincaban y rugían a gusto cuando soplaban el viento sur. Y no habían latas estúpidas que interrumpieran su salvaje canción...

Si el "Sultán" pretende hacerle tragar alguna otra porquería se llevará un buen chasco. Está chiflado el tipo. De otro modo no se explica su empeño en curarle una enfermedad imaginaria. Pero es un gran compañero a pesar de todo. Y menos terco que ese demonio del "Toronja", empecinado en convencerlo de que debe ingresar a un hospital... Ni aunque estuviera realmente enfermo lo haría. En los hospitales no permiten morir a gusto a la gente. Siempre recordará con indignación el caso de aquel "linyera" de la cama número dos, ocurrido la única vez que él estuvo internado. Cuando el tipo se sintió morir saltó del lecho, hizo un hatillo con las sábanas y la colcha, echóselo a la espalda y se puso a caminar por la sala. Era lógico



aquello. Un "linyera" debe morir como ha vivido: andando. Un paso tras otro paso, hasta caer exánime. Pero el bruto del enfermero de guardia no lo entendió así. Atrapó al hombre y lo metió en la cama de viva fuerza, sujetándole luego con una cuerda, como a los locos furiosos. Dijo que aquello era consecuencia de la fiebre, del delirio. Y lo tuvo atado al pobre diablo hasta que dejó de patear y de gruñir y se fue poniendo duro... ¡Bien puede gastar toda su saliva el "Toronja", que no logrará convencerlo. El no está enfermo, por otra parte. Como hace tres días que ayuna siente un poco de laxitud, nada más. Dicen que el sueño alimenta. ¡Pues que lo dejen dormir entonces, qué embromar! Así podrá levantarse temprano y salir a juntar papeles, como siempre. No es la primera vez que su estómago, superándose, bate los propios "records" en lo tocante a ayunos... Ahora es un momento muy propicio para conciliar el sueño, pues han dejado de sonar las insufribles latas. Pero el cocimiento del "Sultán" apesta con su tufo a aguarrás. ¡Quien sabe qué brebaje asqueroso pretende hacerle tragar ese puerco! Tal vez el jarro haya contenido pintura en algún tiempo, antes de ir a parar al basurero de donde sin duda lo recogió... El cangrejo de junto al asa se está dejando absorber por el tizne. ¡Bicho estúpido! Ya no le quedan visibles sino las pinzas y media pata. El jarro conserva un poquitito de esmalte alrededor del borde. En eso le recuerda aquel en que su madre le daba el café, cuando pequeño. Excelente mujer, su madre, aunque demasiado santurróna. Todo el día rezando ante sus imágenes churriguerescas. Siempre haciéndole rulos de papel, para acentuar la semejanza con el Niño Jesús que se obstinaba en hallarle. Y diciendo a troche y moche a las mujeres de la vecindad: "Será mi orgullo este hijo. Dios ha de permitirme vivir hasta verlo sacerdote..." ¡Las cosas de la vida! Aquel invierno que le dieron un sobretodo viejo, largo hasta el extremo de rozarle los tobillos, fue cura. Lo fue en la boca de los vendedores de diarios, que así le motejaban cuando pasaba con su bolsa a cuestas, recogiendo desperdicios. Menos mal que Dios no le permitió verlo a la ilusa de su madre...

En la bahía, el agua carece de dignidad. Es un agua muerta a la que se le atreven hasta las ratas sarnosas, cuando escapan de la bodega vacía de algún barco. El las ha visto surcarlas más de una vez, muy campantes, el hocico en alto y el repugnante lomo lleno de costras...

Era muy otra aquella vida de la Rambla Sur, cuando se guarecía entre piedras y no entre latas. Eran buenos tiempos, sí. Hasta abundaban los papeles en las calles. Y por las noches, no había más que tirarse de espaldas y escuchar el mar. El se encargaba de proporcionarlo todo: la música, las visiones, el sueño... Hacía pensar en mujeres el fuerte tufo erótico de la marisma. El musgo era suave y tibio como debían serlo los muslos de las muchachas que pasaban allá arriba, rozando la balustrada... A veces una pareja descendía por los escalones rústicos, en busca de soledad y de sombra. "Entre esas piedras debe haber algún bichicome" —decía la mujer. "No tengas miedo. ¿Quién va a ser capaz de meterse allí?" —argumentaba el hombre. Y las piedras comprendían y callaban...

Se estaba bien allá. Eran cuatro piedras estupendas, aquellas. Una a cada costado, otra detrás, otra encima. Había que entrar gateando, claro. Pero se

estaba bien. El "Cordobés" no tenía derecho a hacer lo que hizo. Fue una arbitrariedad. La noche que lo encontró instalado tranquilamente en su yacija no supo proceder. Lo que correspondía era haberle machacado la cabeza con el pedazo de hierro que le servía de atizador. Cometiéndole la torpeza de despertarlo. Y tras de perder sus piedras perdió tres dientes, además de haberle quedado hendido para siempre el caballete de la nariz. Culpa de esa hendidura llamábanle desde entonces el "Boxeador"... Fue un idiota al no haberle machacado la cabeza mientras dormía. Debió tener en cuenta que el "Cordobés", como todos los forzudos, sólo era capaz de razonar con los puños...

Un hombre no puede vivir tranquilo entre latas. Eso lo comprende cualquiera. Menos mal que el "Sultán" y el "Toronja" son buenos compañeros, aunque se hayan propuesto curarle de una enfermedad imaginaria. El "Sultán" es muy engrandecido en lo referente a mujeres, no se puede negar. Según dice, nunca le faltó una media docena de amantes mientras fue joven. Y hay que ver cómo le relumbran los ojos cuando urde sus mentiras de alcoba. Quizá de tanto narrarlas haya llegado a creérselas, el imbécil. Pero es un compañero especial...

Al "Toronja" le dirá cuatro frescas si insiste en lo de la hospitalización. Ahí asoma otra vez su narizota encarnada, llena de pústulas. Dice que fue la viruela que lo dejó así. Siempre está con temor de que lo crean leproso. Pero es muy significativa su preocupación de no desnudarse ante los compañeros. No es ninguna señorita el "Toronja". Además tiene la lengua bien puesta. Sabe llamar las cosas por su nombre, sin rodeos ni melindres. Resulta verdaderamente extraña esa preocupación en un sujeto como él. Si alguien habla de lepra en su presencia, se pone de mal humor. Y tiene varios recortes de periódico, raídos y amarillos, que suele leer cuando cree que nadie lo observa. Tal vez esos recortes se refieran...

¿Pero qué les ocurrirá a sus compañeros? Se han puesto a discutir desafortunadamente, gesticulando como de la disputa. Ahora el "Toronja" le pega un puntapié y lo vuelca sobre las brasas. ¡Qué bárbaro! ¡Con el trabajo que le había dado al otro aquel cocimiento!... Se van a romper las muelas esos dos brutos. Como si lo estuviese viendo... ¿Y quién será ese tipo de gorrito blanco y túnica que discute también? M. S. P... M. S. P... M. S. P... Cualquiera entiende el significado de tales letras...

"Vos estás enfermo, Boxeador. Tenés mucha fiebre... Allá te van a atender mejor"... No debió darle tiempo a decirlo, siquiera. Un buen trompis en aquella nariz averiada era lo que se merecía, por desleal. ¿Por qué le pesarán tanto los brazos? Parecen dos lingotes de plomo que nada tienen que ver con su cuerpo... "El Maciel está muy cerquita... Te curarás en menos de una semana, Boxeador"... ¡Ah, con que el "Sultán" también, no? Se han puesto de acuerdo los canallas. Y el del gorrito blanco está de mal talante. No hace sino gruñir palabras ininteligibles...

Si sus brazos no fueran dos lingotes de plomo les propinaría una soberbia paliza a los tres. Quien sabe si al "linyera" no lo llevaron también así, en vilo. Eso es un atropello. A lo menos que puede tener derecho un hombre es a escoger, el sitio donde morir. Y eso cuando le llega la hora. Porque lo que es él tiene mucho rollo todavía. Una enfermedad imaginaria no puede matar a nadie...

¡Cómo resuenan las endemoniadas latas! Tal vez se estén riendo de su desgracia. Y ese papanatas del gorrito que quiere llevarse a toda costa... "¡Déjeme en paz! ¡Yo estoy sano! ¡Llévese más bien al "Toronja", que es un leproso! ¡Sí, señor, un leproso!"

La cara del "Toronja" se ha puesto blanca. Ahora roja. Ahora blanca otra vez... Debe ser la rabia. Pero merece que se lo haya chantado. Llevarse a un hombre en vilo, quieras que no, es una arbitrariedad. ¡Ah, si sus brazos fueran sus brazos en vez de dos lingotes de plomo!...